

El Panorama universal

AÑO IV.

DOMINGO 16 DE MARZO DE 1862.

NUM. 123.

Con arreglo á la ley de propiedad literaria y convenios existentes, queda prohibida la reproduccion de los grabados y la traduccion de los artículos de este periódico.

SUMARIO. Grabados.—Accion del 16 de diciembre de 1861: La vanguardia mandada por el Capitan Olabe bate al enemigo sobre el camino de Bien-hoa (Cochinchina).—Incendio de la ambulancia de la columna franco-española de operaciones en Co-

chinchina, la noche del 25 de diciembre de 1861.—Retrato del guerrillero napolitano Luis Alonso (a) Chiavone.—Fuente del Pulgar en Ciudad-Real.—Cañonera construida últimamente en los Estados-Unidos.—Tipos de Nouka-Hiva.

Texto. Crónica de la semana: exterior é interior.—Insurreccion de la Herzegovina.—Ensayo sobre el carácter, costumbres y espíritu de las mujeres.—Rarezas geográficas.—Una triste epopeya.—Sueños.—Val-Doncel.—Condiciones.

CRONICA DE LA SEMANA.

EXTERIOR.



A insurreccion de Nauplia es lo que por ahora entretiene la curiosidad de los hombres políticos, no tanto por las consecuencias que de ella puedan temerse, como por la vaga contrariedad de los despachos y correspondencias particulares que de allí se reciben.

El Nord se espresa por lo relativo á este asunto poco mas ó menos en los términos siguientes:

«Con razon puede uno preguntarse. ¿Son hijos aquellos sucesos de un mero acaloramiento militar? ¿Es el preludio de una revolucion? ¿Cuenta aquel movimiento con las simpatías de todo el pueblo helénico? Aunque por el pronto parece lo mas razonable el contestar negativamente á esta última pregunta, no arrojan de sí los hechos consumados hasta el presente toda la luz necesaria para poderse resolver esta cuestion.

Bueno será, por consiguiente, retroceder á buscar las causas que en el orden de las probabilidades hayan contribuido mas eficazmente á determinar la insurreccion.

La Grecia se encontraba hace ya tiempo, si ha de darse crédito á las correspondencias de Atenas, en un estado de crisis tanto mas penoso, cuanto que ni los hombres mas previsores podian alentar esperanzas de que llegara á resolverse favorablemente. Las incesantes quejas que se formulaban, bien sea contra la ley fundamental, bien sea contra los actos del Gobierno, parecian, en efecto, tomar su origen de un estado de cosas que no podia prolongarse mucho sin esponer el país á los mas graves peligros.

Si la ley fundamental no funcionaba á satisfaccion del partido liberal si se descuidaba demasiado, ó tal vez se rechazaba el elemento nacional; si se iban aplazando de un

año para otro reformas de urgente necesidad; si estos cargos son ciertos, preciso seria confesar que la insurreccion de Nauplia, como crisis producida por una dolencia crónica, debe afectar á todo el cuerpo social é inspirar justos temores de trascendentales consecuencias. Mas aun siendo cierto que la enfermedad existiera, la situacion estaria muy lejos (si tales eran las causas que la habian motivado) de ser desesperada, ni de justificar las amargas recriminaciones de que están llenas las correspondencias que se reciben de aquel país. Un cambio de Ministerio, la convocacion de una nueva Cámara, una poderosa presion ejercida por la opinion pública en el ánimo del Rey, podrian indudablemente con-

jurar el peligro y desvanecerlo.

Desgraciadamente el mal es de mas nociva índole, y detrás de todos esos cargos particulares existe para los griegos otra cuestion de mas alta importancia, y es la que se refiere á la sucesion. Sabido es que el Rey Othon no tiene hijos. ¿A quién dejará el Trono? ¿Dará la dinastía bávara un nuevo Soberano á ese país, cuya historia, cuya religion y cuyas tendencias tan poca armonía ofrecen con lo pasado y con todos los proyectos de los Príncipes alemanes? ¿Se concederá á la Grecia facultad de poder elegir libremente su Rey?

Toda cuestion que no llega á ser resuelta debe considerarse como un foco permanente de inquietudes y trastornos para el porvenir.

La Grecia no se halla aun constituida políticamente de una manera bastante enérgica, para que si el Rey llegase á



Accion del 16 de diciembre de 1861: La vanguardia mandada por el Capitan Olabe, bate al enemigo sobre el camino de Bien-hoa (Cochinchina).

(Dibujada por el Subteniente de infantería D. Gabriel Lopez de Illaga).

morir, el Ministerio y las Cámaras pudieran gobernar durante el interregno. Por esa razón los griegos se hallan unánimes, desde hace muchos años, en pedir con instancia la promulgación de una ley que determine el orden de sucesión. La incertidumbre que la falta de esta ley produce, inspira cierto desaliento en las masas y cierta febril inquietud en los partidos extremos que ya en Salamina, ya en la criminal mano de Dousios, ya, últimamente, en Nauplia se deja traslucir de un modo evidente.

No por eso se entienda que sin exactas noticias de nuevos hechos, y sin que el país haya francamente expresado su opinión, pretendamos anticipar nuestro juicio, ni caracterizar los últimos acontecimientos.»

En Prusia se va indudablemente agravando la situación. Hasta ahora el Gobierno no ha tenido por oportuno el calmar las inquietudes del público, alarmado con las medidas de la autoridad militar que nadie acierta a explicar sino como preventivas de graves sucesos. ¿Cuáles podrán ser estos? Solo podría contestarse incurriendo en vagas conjeturas.

El Emperador de Austria parece que se propone visitar los grandes trabajos destinados a cubrir los aproches de Verona, y que se van llevando a cabo con mayor rapidez. También irá S. M. I.; según parece, a visitar el Véneto. Su ausencia de la capital del imperio se dice que será muy breve.

La cuestión financiera es la que por ahora preocupa más al Gabinete de Viena.

He aquí el parte oficial dado al General Mac-Clellan por lo tocante a una de las victorias de los federales que anunciamos en el último número.

«Cairo 17 de febrero.—La bandera de la Unión flota sobre el fuerte Donelson. El *Garondelet*, Capitán Walker, ha sido portador de esta gloriosa noticia.

El fuerte se rindió a las nueve de la mañana del domingo. Los Generales Johnson y Buckner juntamente con 15,000 prisioneros y gran cantidad de material de guerra son los trofeos de la victoria. Las pérdidas son de consideración por ambas partes.

Floyd se fugó la noche anterior con 5,000 hombres, y ha sido acusado de traidor por los rebeldes.

Tengo la satisfacción de anunciaros que el Comodoro Foote, a pesar de una herida en el pie, va con la nobleza de carácter que distingue a nuestros marinos a tomar inmediatamente dos cañoneras y con las ocho chalupas de morteros que se le agregarán, emprenderá el ataque de Clarksville, si el estado del tiempo lo permite.

Estamos haciendo en este instante una salva nacional en el fuerte del Cairo, que ha sido el último puerto ocupado por el General Grant, en obsequio de su gloriosa empresa.—El Brigadier, General en Jefe de Estado Mayor, y de Ingenieros del Ejército de los Estados Unidos.—*Jorge W. Cullum.*»

La noticia de este nuevo triunfo de las armas federales era recibida en todas partes con manifestaciones de alegría.

INTERIOR.

El incendio del Alcázar de Segovia, monumento que no tenía rival en Europa, ha sido el lamentable suceso que ha caracterizado la semana que acaba de transcurrir.

A la mayor brevedad nos ocuparemos de este funesto incidente con toda la extensión que merece. Hoy nos concretamos a reproducir el siguiente despacho telegráfico que leemos en la *Correspondencia* del miércoles:

«Segovia 12.—El fuego del Alcázar se halla limitado al combustible existente entre el piso de la biblioteca y los escombros. Hace dos días que dos bombas trabajan sobre ellos. Los cadetes guardan el mismo orden que antes del incendio. La ciudad está triste, pero tranquila.»

Sabemos que en la noche del martes fué recibida por S. M. la Reina la comisión que ha venido de aquella ciudad a suplicar a SS. MM. la ayuden en el proyecto de restaurar en lo posible su destruido Alcázar. SS. MM. recibieron a los comisionados con la mayor benevolencia, y manifestándose singularmente afectados con la gran desgracia que deplora Segovia, les dispensaron consuelo, ofreciendo hacer de su

parte cuanto puedan para satisfacer los deseos del pueblo segoviano.

Dice la *Época* que a estas fechas las tropas aliadas se hallarán en la Puebla y en Méjico, y que si antes no han verificado este movimiento decisivo, ha sido porque no contaban con los elementos necesarios para llevarlo a cabo sin ningún género de entorpecimiento.

Compréndese que estos elementos deben referirse a medios de transporte, cuya dificultad de adquisición habrá seguramente sido superior hasta ahora a cuantos esfuerzos haya sido posible hacer para vencerla.

Así puede asegurarse en vista del celo é inteligencia con que el cuerpo de Administración militar de la Habana se emplea en proveer a la expedición de cuanto le puede ser necesario. Últimamente remitió a Veracruz 102 hermosas mulas de tiro y de carga con sus correspondientes brigadas militares que forman la segunda y tercera sección. En la primera quincena de febrero debieron remitirse 41 carros con sus correspondientes arneses, juntamente con 100 bastes é igual número de cabezadas, todo de buena construcción.

En 10 del mismo se enviaron también 50,000 duros y 420,000 raciones, y de allí a tres días otros 50,000 duros a cargo del Comandante del vapor de guerra inglés el *Faeton*.

La misma Administración, con objeto de que los enfermos procedentes de Veracruz se hallen mejor colocados y asistidos, ha dispuesto enviar por las vías férreas 100 enfermos de cirugía a Santiago de las Vegas, y otros 100 repartidos por partes iguales en Guanajay y San Antonio.

Otra noticia leemos en *La Correspondencia*, que aunque debe suponerse de fecha atrasada a las que acabamos de publicar, es por lo curiosa digna de referirse, pues confirma plenamente los tristes pormenores que hace tiempo hemos revelado por lo tocante al carácter de venalidad que se notaba en la mayor parte de los funcionarios públicos de aquella desconcertada república. La noticia en cuestión dice así: De Veracruz escriben a un periódico:

«Sigue siempre el bloqueo de la plaza, porque a pesar de que abrazan ya nuestras tropas un espacio de cinco a seis leguas, es un terreno poco poblado y en el que no hay haciendas de ganado. Jefe de las fuerzas bloqueadoras es el General D. Mariano Cenovio, que no deja entrar mas reses que las de una hacienda que él posee en estas cercanías, y de este modo consigue venderlas a peso de oro.»

Ese ingenioso medio de trocar el honroso baston de mando en vil cayado de traficante de reses, nos parece un hecho imposible aun suponiéndolo ejecutado por un General enemigo.

Algunos periódicos extranjeros se permiten observaciones acerca de la expedición que solo a su debido tiempo podrán ser dignamente contestadas.

F. M.

INSURRECCION DE LA HERZEGOVINA.

Publicamos con gusto la siguiente reseña de las fuerzas y carácter de los insurrectos de la Herzegovina y de los turcos por el interés militar que encierra.

Los griegos insurrectos y los montenegrinos, sus aliados secretos, poseen cualidades militares de primer orden, entre las cuales deben citarse su exaltación religiosa y patriótica, una sobriedad proverbial y una resistencia a toda prueba.

Del odio de los cristianos contra los turcos y de la opresión que estos ejercen sobre aquellos, mas dura en Herzegovina que en ningún otro país, ha nacido la insurrección actual, complicada con el amor que ciertas tribus de musulmanes indígenas profesan a la independencia.

Increíble es la sobriedad de que hacen alarde los beligerantes, y bien necesitan seguramente de ella no existiendo todavía entre ellos ni rudimentos de lo que llamamos Administración militar: cada individuo tiene que proporcionarse el sustento. Al partir a una expedición, todo individuo procura llevar la mayor cantidad de pan y de cebollas que le es posible: si llegan a consumir estas provisiones antes de terminarse la expedición, sus mujeres, que son las verdaderas bestias de carga del país, tienen buen cuidado de renovarlas. Citanse casos de frugalidad, mejor diremos, de abstinencia,

que no pudieran creerse si no estuviesen confirmados de una manera auténtica. Kesto, Vice-Presidente del Estado montenegrino, uno de los personajes mas influyentes del país, mandaba una columna de 3,000 hombres, que haciendo ya tres días que no habían tomado ningún alimento principiaban a quejarse. Kesto les indicó un campo de trigo a donde podían ir a recojer su comida; así lo hicieron en efecto y prosiguieron su marcha. En tales casos es muy común dar una batalla ó asaltar una población, solo para satisfacer la necesidad del momento. Escusado es decir que si en medio de aquella carestía la columna hubiese encontrado de comer, habrían ocurrido incidentes en que la glotonería hubiera rayado tan alto como la temperancia. En efecto, cierto guerrillero llamado Lúcas Vucalovich tiene fama de comer un carnero sin levantarse de la mesa, y de iguales fuerzas digestivas se asegura que gozan otros muchos de los que componen su partida. El autor de esta reseña afirma que lo que por sus propios ojos ha visto en el Montenegro, le hace considerar como verosímiles tales rasgos de voracidad.

El montenegrino es incansable en las marchas, y de igual privilegio disfrutan todas las poblaciones lindantes con aquel país. Se ven hombres y mujeres que en las llamadas escalas de Cataro, tan difíciles de salir, buscan todavía atajos mas penosos y trepan por ellos con la ligereza del gamo. Consúmanse milagros de agilidad y vigor que solo viéndose podrían creerse. No hay tropa regular que pueda seguir a tales guerrilleros por las escabrosas sendas de aquellas montañas. Así es que Omer-Bajá ha adoptado con razón el único sistema de guerra que se le puede hacer, encerrando sus tropas en las plazas fuertes, contra las cuales el enemigo agotará sus fuerzas en inútiles tentativas.

Los insurrectos siguen a la defensiva y no pueden salir de su sistema de guerrillas porque carecen de cuantas condiciones son necesarias para tomar la ofensiva. Carecen de buenas armas de fuego y no saben manejar las pocas de que disponen; por otra parte no conocen ni los mas simples elementos de táctica, ni saben, por consiguiente, combinar ni sacar partido de las operaciones, aun siendo ventajosas.

Veamos por de pronto cuál es su armamento. Cada individuo lleva en su cinturón un *cángiar* (una especie de sable-bayoneta), dos pistolas y un fusil. Ciertamente es que con el *cángiar* puede derribar una cabeza de un solo golpe; pero las armas de fuego son sumamente defectuosas, y por supuesto ninguna de precisión, pues los que en Grahovo consiguieron armarse de carabinas Minié, no saben como servirse de ellas.

Su primer defecto es no conocer el alcance de las armas de fuego, pues con frecuencia lo rompen a 5,000 metros con fusiles que apenas alcanzan a 500; avanzando protegidos por las rocas disparan el arma allí donde mejor les parece y sin apuntar para no tener que descubrir la cabeza. Cuando están cerca del enemigo se arrojan sobre él pistola en mano y el *cángiar* entre los dientes. Esta carga suele por lo general producirles la victoria. Pero ¿quién no comprende que para quitarles hasta la remota esperanza de conseguirla le bastaría a cualquiera tropa impedir que se acercaran, esperarlos detrás de parapetos, ó atraerlos a campo raso? A este sistema, puesto en práctica desde mediados de octubre por Omer-Bajá, debe este general el haber mejorado la situación de su ejército y el combatir con grandes probabilidades de triunfo para el porvenir.

Los insurrectos, a falta de un general tan práctico ó de una instrucción que no se improvisa, necesitarían tener una dirección hábil y única como la que acertaron a dar a la lucha de 1858; pero en la actualidad están muy lejos de poder esperar ese beneficio. Vucalovich, el mas intrépido adalid de la insurrección, es un simple paisano que lo mismo, ó mas, hará con 500 hombres que con 10,000. No tiene el prestigio necesario para concentrar en su mano todos los medios de resistencia, ni los conocimientos precisos para combinarlos. Todo cuanto se agita en la parte meridional de la Herzegovina no es mas que un caos de fuerzas sin cohesión: cada guerrillero trabaja por su cuenta, marcha por donde quiere, y al encontrarse con el enemigo, se bate decididamente, es cierto, pero sin consecuencia trascendental.

Tales hombres no han podido contener a las tropas turcas, sino porque estas en realidad eran débiles, poco acostumbradas a ese género de lucha, ni estaban tampoco bien dirigidas. Los montenegrinos las aterraron por su intrepidez.

dez, no menos que por sus crueldades. Para aquellos nada mas se trataba que de derribar cabezas, hacer prisioneros y cortarles la nariz y las orejas para esparcir el terror; pero hoy que la táctica europea de Omer-Bajá se opone á la inesperienza de sus enemigos, no es posible vuelvan á repetirse tales hechos, que por último habrían consumado la desmoralización de las tropas musulmanas.

No por eso pretendemos decir que la insurrección pueda darse por terminada; pero esto no depende ya mas que de tiempo y dinero: el punto esencial para los turcos es tener recursos de todo género para hacer durar el sacrificio tanto como la resistencia.

S. C.

ENSAYO

SOBRE EL CARÁCTER, COSTUMBRES Y ESPÍRITU DE LAS MUJERES EN LAS DIVERSAS ÉPOCAS HISTÓRICAS.

(Continuación.)

Entre las mujeres que alcanzaron celebridad en tiempos del imperio romano, citan los historiadores una cuyo carácter merece atención especial.

Dispénsenos por consiguiente decir dos palabras acerca de ella, y abreviar por lo que á las demás toca nuestra narración, clasificándolas casi en un solo grupo.

Aquella mujer, que por sus raras condiciones ocupa predilecto lugar en la historia, es la Emperatriz Julia, hija de un sacerdote del sol y esposa de Séptimo Severo.

Dícese que allá en la Siria, de donde era natural, la predijeron, siendo aun niña, la elevación á que estaba destinada. Si esto fuese cierto, nada supondría sino que su carácter empezó desde muy temprano á desarrollarse con esplendor.

Al ocupar el trono se distinguió por una verdadera pasión á la literatura. Sea por natural predisposición de su espíritu, sea por el estímulo de la curiosidad, por el afán de distinguirse, ó tal vez por todas esas cosas juntas, parecía no hallar otro encanto en la vida que el pasarla en compañía de los filósofos. Su condición de Emperatriz no habría sido de seguro bastante para subyugar el altivo carácter de los amantes de la ciencia; pero logró hacérselos propicios ayudada por su belleza y por el mérito superior de su inteligencia. Estos tres medios de seducción, el poder, la hermosura y la capacidad, la dispensaron de aquel otro recurso que no consiste mas que en el arte de subyugar las almas elevadas poniendo en juego fruslerías adaptadas al gusto y á la debilidad de cada cual.

Se ha dicho que la Emperatriz Julia fué filósofa; mezquina sin embargo debió ser la filosofía que profesaba, pues no alcanzó á darle costumbres. Su marido, que estaba lejos de amarla, apreciaba, sin embargo, su talento, y la consultaba en todos sus actos. De la misma manera conservó su influencia sobre su hijo cuando este llegó á sentarse en el trono. En fin, Emperatriz y hombre de Estado, consagrada enteramente á las ciencias y á los negocios; no desdendiéndose tampoco de ofrecer culto público á los placeres; teniendo cortesanos por amantes, literatos por amigos y filósofos por cortesanos; reinando é instruyéndose en la sociedad que se habia sabido crear, llegó á representar un papel de la mayor importancia. Mas como á tan sobresaliente mérito no acompañaban las cualidades que constituyen el valor real de su sexo, no la salvó la admiración que inspiraba de los severos cargos de la crítica. Fué elogiada, pero no respetada, durante su vida; y si la historia le concede celebridad, dista mucho de otorgarle su aprecio.

Después de ella se ve figurar otra Julia Mammea, oriunda de la misma familia, y que también fué Emperatriz, ó por lo menos, madre de un Emperador. Su mérito consistió en haber tenido no menos talento que valor, y en haber sabido educar á su hijo Alejandro Severo con las condiciones mas á propósito para el trono; esto es, con amor á la virtud y una bien comprendida sensibilidad.

Finalmente, siguiendo el orden de los sucesos históricos, aparece aquella famosa Zenobia, digna de haber tenido por maestro á Longino; princesa que supo escribir como supo vencer, y que conservando su dignidad en medio de la desgracia, se consoló de la pérdida de un trono con las dulzuras

de la soledad, y de los placeres de la grandeza con los de la imaginación.

Todas esas mujeres recibieron grandes aplausos de los escritores de su siglo, y han servido luego para engruesar los catálogos de los panegiristas de las mujeres célebres.

Acabamos de ver que con el cambio de Gobierno se verificó también un cambio en las costumbres; pero este no llegó á ser radical hasta el siglo III: entonces se verificó una completa revolución que imprimió á todas las cosas el grandioso carácter de que venia acompañada.

Las costumbres de las mujeres hasta esa última época no habian reconocido otra base que la moral; ningun enlace tenían con las ideas religiosas. ¡El mismo pudor venia en cierto modo á ser un refinamiento de la sensualidad!

En algunos países se habia procurado establecer inmediata conexión entre las costumbres y la política: las leyes trazaban los diversos límites donde principiaba ó donde terminaba la virtud de las mujeres. Todo el mundo tiene idea de las danzas de las jóvenes lacedemonias, mediante las cuales, segun dice Montesquieu, habia el legislador Licurgo conseguido quitar el pudor á la misma castidad. En Roma se habian visto mujeres bailar públicamente en el teatro sin que ninguna especie de velo mediase entre ellas y las ávidas miradas de los espectadores. Caton, atraído á uno de esos espectáculos, no pudo tolerarlo y se salió sin tomar asiento; pero en cambio Magistrados y Pontífices los autorizaban con su asidua presencia, y lo que es aun peor, con su aplauso.

Las artes, que por su índole se complacen, tal vez, en presentar desnuda á la naturaleza, y que si la velan no es sino para dar mas relieve á su belleza, contribuian á inflamar la imaginación por medio de la vista. La filosofía no se habia establecido decididamente por lo relativo á la virtud de las mujeres. Una escuela (los cínicos) reprobaba en ellas y queria quitarles aquel dulce sentimiento que es defensa y soberano atractivo de su sexo; otra (los epicúreos) desconociendo toda íntima simpatía del corazón, y no dejando á la víctima mas que amargas consecuencias del sacrificio, ponderaban como insufrible todo lo que no fuera arrebatado del deseo ó momentáneo impulso de la mente enardecida. La religión se contentaba con sus pompas y sus hecatombes: el politeísmo no daba preceptos. Aquel culto se diferenciaba muy poco del que el mundo suele tributar á los hombres grandes: incienso en cambio de favor. Los dioses eran á modo de unos protectores: no entendían de legislación. Sobre aquel caos apareció el CRISTIANISMO, legislación la mas completa, filosofía la mas consecuente, forma la mas obligatoria. Leyes severas impusieron por aquel *sagrado código* á las mujeres y á las costumbres: la naturaleza y el deber se establecieron en reciproca armonía, y el contrato entre hombre y mujer, que hasta entonces no habia reconocido mas que el carácter político, quedó depositado entre el tribunal y el altar bajo la salvaguardia de la Divinidad.

No se limitó el cristianismo á morigerar las acciones; impuso trabas hasta al pensamiento, y barreras á los sentidos; proscribió hasta los objetos inanimados que podían ser cómplices de la seducción ó del deseo; y por último, aterró al crimen hasta en la soledad, pues mandó á la conciencia ser delatora de sí misma, y el criminal tuvo que avergonzarse por la confesión de sus secretas debilidades. Las antiguas y mas perfectas legislaciones se referian únicamente al interés político de la sociedad; el nuevo y sagrado código, inspirando desprecio hacia todo lo de este mundo, elevaba la idea y referia todo el interés hacia un orden de cosas enteramente distintas, y daba origen á una perfección tan desconocida hasta entonces como sublime. Se vió reducir á precepto en todo un pueblo el desprendimiento de los sentidos, el reinado del alma y un pronunciado carácter de sobrenatural y acendrada virtud que pudo ostentarse en todos los actos de la vida. De aquí nació el voto de continencia, y el celibato quedó consagrado. La vida se consideró como un plazo de combate, el mundo como un palenque. La santidad de costumbres tendió un velo sobre la sociedad y la naturaleza. La hermosura temió abusar de sus encantos; la fuerza se empleó contra sí misma; toda pasión aprendió á vencerse, y la austeridad del alma se aumentó diariamente por medio de los sacrificios de los sentidos.

Fácil es de comprender la prodigiosa revolución que aquella nueva ley debió producir en las costumbres. Las

mujeres, que por lo general sobresalen en viveza de imaginación y vehemencia de deseos, se entregaron al ejercicio de unas virtudes, que tanto mas les eran gratas, cuanto mas penosa parecia su práctica. En las imaginaciones vehementes casi resulta igual satisfacción de conseguir un deseo que de haberlo domeñado. El espíritu se cree feliz en contemplar sus propios esfuerzos: con tal que varonilmente ejerza su vigor, no importa, tal vez, que lo ejerza contra sí mismo.

(Se continuará.)

RAREZAS GEOGRÁFICAS.

Si alguno contara que desde hace mas de quince siglos ha existido en Europa una república fundada por un albañil, en la que el sufragio universal está en vigor y se aplica á todo, no solo á los poderes legislativo y ejecutivo, sino á la administración de justicia, á la enseñanza y hasta la medicina; si se dijera que esta república ha sabido mantener su independencia á despecho de las monarquías que la rodean, y hacerse respetar de la Santa Sede y del mismo Napoleón engreído con sus victorias; si alguno retiriera tales, al parecer, anomalías, no haría de seguro mas que escitar la despreciativa hilaridad del que lo oyera, y mucho mas si seguía diciendo: ocurren tan pocos pleitos entre los habitantes de aquella república, que un solo juez basta para sentenciarlos; hay tan pocos enfermos que todo el cuerpo de Sanidad está reducido á un solo médico; es tan poco costosa la Administración, que el presupuesto no llega á 200,000 rs.; y finalmente, son tan pocos los enemigos interiores y exteriores que el Ejército activo no cuenta en sus filas mas que unos sesenta hombres.... ¿Quién no se reiría de oír tales aseveraciones? Sin embargo, es un hecho positivo; así lo comprenderá el lector cuando nombremos la *república de San Marino*.

Pero aun puede citarse otra de carácter no menos raro; una república fundada, no por un hombre del pueblo, sino por un Emperador, lo cual es mas extraño; una república en que todos los cargos, incluso los de la milicia, son desempeñados gratuitamente, y en la que todo el mundo es soldado y tiene que mantenerse á su costa. Los pleitos sobre herencias son desconocidos, y los crímenes, y hasta los delitos, ocurren con tan poca frecuencia, que todavía se habla con terror de una sentencia de muerte que tuvo lugar en el siglo XVII. Esta república es la de Andorra.

Después de estas dos minúsculas repúblicas, de fundación bastante antigua, figuran otras dos de establecimiento mas moderno y no menos próspero.

Fijémonos en la primera, que es la de Pitcairn, y acerca de la cual un periódico inglés hablaba, hace algunos años, en estos términos, con motivo de la primera señal de vida que dió en Europa.

La isla de Pitcairn, que acaba de enviar uno de sus habitantes á Inglaterra, es un pequeño terreno muy elevado, desprovisto de fuentes, y en el cual habita una población, cuya novelesca historia escitó vivo interés hace medio siglo. Su origen se refiere de este modo:

«En aquella época la tripulación de un buque de la Armada inglesa que habia estado mucho tiempo y muy agradablemente estacionado en Taiti, se sublevó en alta mar contra su Comandante el Capitan Bligh, y después de haberlo abandonado, juntamente con los Oficiales, en una lancha á merced de las olas en medio del Océano, los sublevados regresaron á Taiti con objeto de establecerse para siempre.

Mas de un año trascurrió antes que el Capitan Bligh, que afortunadamente fué recogido por una nave mercante, pudiera dar parte al Gobierno inglés del atentado cometido contra su persona. Inmediatamente se despacharon dos fragatas con orden de ir á buscar los criminales y castigarlos de un modo ejemplar.

Al llegar á Taiti estos buques de guerra no pudieron llevar á cabo su comisión, porque los isleños se negaron á entregarlos, escusándose, en último lugar, es decir, cuando tuvieron que ceder á la fuerza, con decir que aquellos marineros habian muerto todos con las armas en la mano. Con esta contestación se dieron por satisfechos los ingleses y llevaron anclas. No era, sin embargo, cierto que los sublevados hubiesen muerto todos, pues nueve de ellos habian con-

seguido refugiarse en las montañas del interior de la isla, desde donde no creyéndose tampoco en seguridad, fueron á esconderse, con las indias que habían tomado por mujeres y sus hijos, á una de las pequeñas islas desiertas que existen al Sur de Taiti, y que rarísima vez son visitadas por naves europeas. Allí se prometían hallar seguro asilo contra la persecucion de la madre patria.

Establecieron sus tiendas en la isla de Pitcairn, á unas 400 leguas al Sur de Taiti, y allí permanecieron en completo reposo, pues solo al cabo de diez años fueron descubiertos por un barco inglés, que lejos de pensar ya en incomodarlos los trasportó con sus familias á Taiti, á donde manifestaron vehementes deseos de volver. No era ya esta isla el paraíso que conservaban en su memoria: los misioneros ingleses se habían establecido ya en él; las disensiones religiosas disminuían la poblacion, y en todo habían ocurrido tan estrañas mudanzas, que los colonos de Pitcairn se dieron por satisfechos de que se les reintegrara en el dominio del pequeño y tranquilo estado que habían conseguido fundar. Desde aquella época han permanecido siempre en paz, recibiendo de tarde en tarde alguna rara visita, y no permitiendo establecerse entre ellos á ningún extranjero.

En la actualidad, es decir, cuando el periódico inglés se ocupaba de ellos, solicitaron del Gobierno inglés permiso para ir á fundar una nueva colonia en la isla de Norfolk, situada entre la Nueva Gales del Sur y la Nueva Caledonia. No tiene tampoco aquella isla mas que cinco leguas de contorno, pero es mas fértil que Pitcairn, de la que dista 600 leguas, y su terreno se hallaba algo cultivado por haber servido de presidio á los criminales reincidentes de Botany-Bay.

Esa historia de *Bounty* y sus tripulantes llamó mucho en aquel tiempo la atención del público, y dió margen á no pocas novelas y á un poema de Lord Byron, cuyo título es: *Cristian y sus compañeros*.

El otro estado republicano mas moderno todavía, mas floreciente y no menos desconocido, se encuentra situado en la costa de Africa. Uno de los raros viajeros que lo han visitado se esplica en este sentido por lo tocante á su organizacion y al interés que debería inspirar al Gobierno francés.

«La colonia de Liberia que se extiende ó estenderá dentro de poco desde el Cabo Monte al Cabo Paturro (ambos comprendidos), se declaró independiente el 24 de agosto de 1847. La capital de la república que iba á nombrar un presidente antes de espirar aquel año, era la ciudad de Monrovia en el Cabo Mesurado, fundada en 1821 por mulatos espulsados de América. Verificóse este establecimiento bajo la protección de una sociedad organizada en Washington. Balbi da acerca de Liberia los siguientes detalles:

»Después de muchos contratiempos y luchas pudo por fin esta colonia establecerse con bastante solidez en algunos puntos como Monrovia, Grand-Bassa, Middle-Bassa, etc. El verdadero fundador de Monrovia se llamaba Ashmun, Ministro protestante, hombre



Incendio de la ambulancia de la columna franco-española de operaciones en Cochinchina la noche del 23 de diciembre de 1861.

(Dibujada por el Subteniente de infantería D. Gabriel Lopez de Illana).

superior, mejor dicho, heroico. Hace ya tiempo que duerme en paz. En 1847 la sociedad fundadora hizo saber á la colonia que estaba ya dotada de fuerzas suficientes para regirse por sí misma, y por lo tanto prepararse para hacerlo cuanto antes.

En 5 de julio se declaró absuelta de toda protección, y publicó su acta de independencia y derechos en la forma que

privilegios que no dejaban de ser de bastante consideracion. Tenia los restos de los manjares y la bajilla que había servido en la primera comida del Rey en la ciudad; un impuesto sobre la cerveza que se bebía en toda la poblacion, y un censo sobre las barracas de madera que se construian durante la feria. Además podía elegir en las tiendas de instrumentos cortantes la pieza que mejor le pareciese, es decir, el mejor cuchillo ó navaja en los talleres de cuchilleros, la mejor hacha, la mejor lanza en las fábricas de armas, etc. Los demás mercaderes le pagaban tambien un censo en plata.

En otro número nos ocuparemos de singularidades que presenta la geografía en el órden físico.

F. M.

¡UNA TRISTE EPOPEYA!

(Cuadros episódicos del sangriento drama que se representa en Siria.)

XIII.

EL HERIDO.

La sultana abandonó la sala precipitadamente, seguida esta vez de las dos jóvenes; y después de hacerlas pasar por muchas habitaciones y por una abovedada galería oscura que les pareció interminable, hallaron á la salida un eunuco que á cierta seña de Aichouhna sacó una llave y abrió una puertecita practicada en la pared; penetraron las tres mujeres, y en un aposento modestamente amueblado vieron en una cama á un hombre de pálido rostro y de cansadas facciones cubierto de vendajes manchados de sangre.

Al ver entrar á las dos jóvenes, el herido se incorporó haciendo un esfuerzo y exhaló un grito de júbilo.

—¡Oliverio! exclamó Victorina abalanzándose.

—¡Caballero de C...! añadió Noemí, despidiendo un relámpago de sus ojos.



Retrato del guerrillero napolitano Luis Alonso (a) Chiavone. (Véase pág. 86.)

—Cristiano, dijo Aichouna con acento grave; hé aquí aquella [por quien me preguntabas. He cumplido la promesa que os hice. Considerad ahora que ésta será probablemente la primera y única entrevista que podreis tener.

—¡Oh! eres un ángel de consuelo, repuso el cristiano, besando las dos manos reunidas de Victorina y Noemí. Aquella se salió á vigilar; sus mejillas se ruborizaron, hizo un gracioso saludo y cerró tras sí la puerta con llave.

—¡Vivas! ¡vivas! no cesaba de repetir el caballero C..., besando siempre la mano de las dos jóvenes. ¡Habeis obtenido la proteccion del cielo! ¡Ah! ¡Abul-Abbas no me habia engañado!

—¿Cómo, habeis visto á Abul-Abbas? exclamó Victorina.

—Lo he visto.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—La otra noche en la montaña, cuando los drusos nos traian presos.

—¿Es decir que vos tambien os hallábais entre el número de los presos?

—Por supuesto, repuso Oliverio sorprendido. Los monstros, despues de haberme arrebatado de la casa de vuestros padres, me ataron sobre un asno y me llevaron consigo. ¿Ignorábais esta circunstancia?

—La ignoraba, dijo Victorina.

—Pero Noemí, que está aquí presente, bien lo sabia, y era probable que os lo dijera.

—¿Noemí?

—Seguramente que ella sabia mi existencia entre los presos; sabia que Abul-Abbas me buscaba, puesto que le habló á ella en esa ocasion; y lo que es mas aun, ella fué la que le informó de que formaba parte de la columna de los maronitas.

—¿Noemí! repitió Victorina, volviéndose á mirar á la judía. ¿Con qué tú sabias todo eso?

—¿Pues qué, dijo Oliverio, no os previno cosa alguna?

Noemí permanecia impasible, con los ojos bajos, la frente cargada de nubes y los labios fruncidos.

—¡Todo eso supiste, y nada absolutamente me has dicho! insistió Victorina.

—Se me habia olvidado, murmuró Noemí, haciendo un esfuerzo.

—¿Olvidado, dices!...

—Sí; el terror, la inquietud y los pesares sin duda trastornaron mi cabeza, y... se me habia olvidado.

—¡Oh! exclamó Victorina; entonces te compadezco porque debes haber sufrido mucho.

—Eso sí, repuso la judía con sorda voz. ¡Mucho he sufrido y sufro todavía!

Oliverio contemplaba lleno de curiosidad mezclada de sorpresa á entrambas jóvenes.

—¿Entonces Abul-Abbas os diria que yo estaba viva? repuso Victorina.

—En efecto, se aventuró á hacerlo disfrazado con la ropa de un druso.

—¿Y cómo habiéndose acercado tanto no trató de salvaros?

—Me lo propuso; mas yo rehusé.

—¿Habeis rehusado el huir?

—Sí; por cuanto que no pude resolverme á huir, dejándolos á las dos entregados á merced de esos miserables, sin el menor apoyo.

Victorina cogió la mano del caballero y la oprimió con ternura. ¡Oh! exclamó al mismo tiempo: teneis una buena alma, y por eso, Enrique, os queria de todo corazón.

creer que estaba muerto! ¡Has presenciado mi llanto, mi dolor, mi desesperacion, y pudiendo consolarme no me has consolado!

—¡Se me habia olvidado! Perdóname... ¡Estaba loca!

Victorina soltó las heladas manos de la judía; Oliverio miró á Noemí con profundo asombro.

—¿Con qué es decir que vive y se ha salvado! dijo Victorina volviendo á Oliverio:

—Os repito que no lo dudeis, si es que no teneis otras noticias posteriores.

—Yo, ningunas.

Victorina se puso de hinojos y oró con fervor; y acercándose á su oido Oliverio le dijo en voz casi imperceptible:

—Es preciso que os vuelva á hablar; pero á solas, ó sin vuestra compañera.

Victorina le interrogó con sus bellos ojos, como quien no comprende.

—Venid ya, dijo una voz breve: era la sultana; fué menester despedirse. Noemí se adelantó; Oliverio deslizó estas palabras al oido de Victoria:

—No tengais la menor confianza en Noemí.

Las jóvenes por su estilo salieron preocupadas... pero volviendo en sí Victorina la primera, y estrechando de pronto á Noemí, la dijo con acento cariñoso:

—¿Dime que me amas!

Noemí fulminó una mirada tenebrosa, y preguntó:

—¿Amas tú á Enrique?

—¡Ah! sí, balbuceó Victorina.

—¿Debais casaros?

—En efecto, sí, sí.

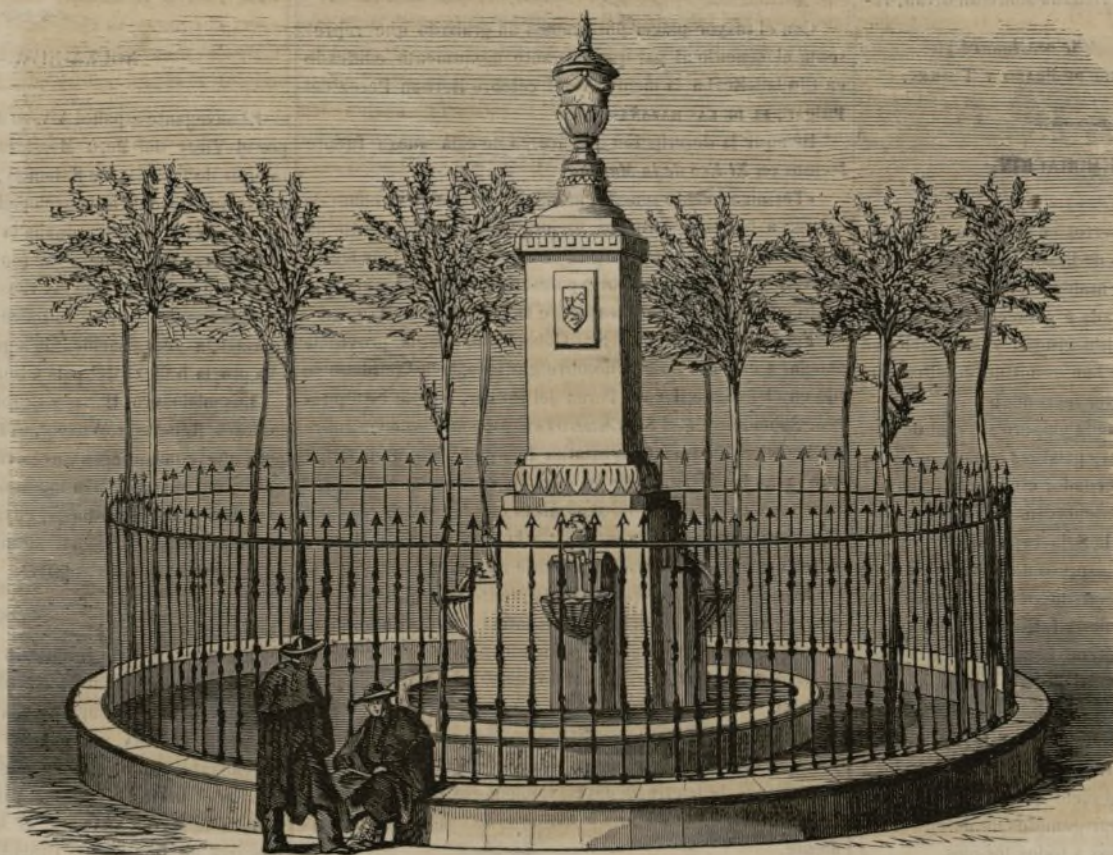
—¿Y él... te ama mucho?

—Ya lo creo; estoy segura de ello dijo Victorina con un sentimiento de orgullo satisfecho.

Noemí entonces, estrechándole las manos con violencia:

—¿Él te lo ha dicho? dijo rechinando los dientes y con los ojos encendidos.

—Sí, respondió Victorina sin vacilar.



Fuente construida recientemente en Ciudad-Real á la memoria de Fernando Perez del Pulgar. (Véase pág. 86.)



Cañonera construida últimamente en los Estados-Unidos. (Véase pág. 86.)

—Y confío en que me querrá todavía.

—¿Enrique! gritó Victorina, volviéndose pálida:

¡Dios mío! ¿Qué estais diciendo?

—Nada; que no solo me ama Enrique, sino que me amará siempre. Luego como Victorina llorase y se afligiese, mirando al cielo y pronunciando el nombre de Enrique:

—Entonces... ¡Yo te aborrezco!

Y seguidamente la judía salió precipitadamente del kiosco, después de hacer rodar á la cristiana sobre un diván, rechazándola con violencia.

(Se continuará.)

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

SOLEMNE CONMEMORACION.

A la memoria de sus hijos muertos en el campo del honor durante la guerra de Africa, ha dedicado la ciudad de Andujar en 7 del corriente una solemnidad religiosa.

Acercas de esta funcion llevada á cabo con una pompa digna ciertamente de aquella noble ciudad y del patriótico afecto que la inspiraba, se nos han remitido detalles que por su estension sentimos no poder reproducir.

Nuestro forzoso laconismo queda empero superabundantemente suplido con las elocuentes palabras con que el señor D. Antonio Hurtado, digno Gobernador civil de la provincia inauguró los retratos de los pundonorosos oficiales y las lápidas de los bravos soldados en la Sala capitular.

Dicha ilustrada autoridad se espresó en estos términos:

Señores: Hemos cumplido con un deber religioso. Al través de los solemnes cánticos de la Iglesia, de esa madre tierna y cariñosa que nos recibe con bendiciones al nacer, que nos despiden con bendiciones al morir, hemos enviado nuestro último adiós á los que en estraña y enemiga tierra lanzaron su postrer suspiro en defensa de su fé, en defensa de su patria y en defensa de su Reina.

Ese último adiós ha subido al cielo acompañado de santas oraciones, después de arrancar gemidos de dolor á todos los pechos y torrentes de lágrimas á todos los ojos.

Y es que aquellos cuyo recuerdo hemos venido hoy á solemnizar, no son los hijos exclusivos de una familia: son los hijos del pueblo que los vió nacer, que los despidió llorando cuando se aprestaban á lidiar, y que hoy los llora amargamente porque no los ha visto volver.

Pero si bien los retiene allí la muerte que nunca vuelve su presa, no caerá sobre ellos esa otra muerte llamada olvido, puesto que hoy empiezan una segunda vida circundada de relámpagos de gloria y coronada con los atributos de la inmortalidad.

El acta que acabais de oír, estendida como un presentimiento en 1839, y confirmada por el Ayuntamiento actual, entrega á la contemplacion de las generaciones futuras los retratos y los nombres de los hijos de Andujar muertos en la Campaña de Africa.

Por esa acta se perpetúa la memoria del bizarro Capitan del batallon de Cazadores de Madrid D. Manuel Jimenez y Cuadros y la del gallardo jóven D. Eduardo Mesia y Cuadros Sub-teniente del Regimiento Infanteria de Borbon, por esa acta pasan á la posteridad los nombres de Francisco Sanchez Luna y José Leon y Fernandez soldados de los Regimientos Segorbe y Navarra.

Los retratos de los primeros, y los nombres de los segundos esculpidos en mármol, serán desde hoy un ejemplo vivo y elocuente de entusiasmo y heroismo: desde ahí enseñarán con su eterno silencio á las generaciones sucesivas en cuán poco deben tenerse las comodidades del hogar y los afectos de la familia, cuando la patria necesita de la abnegacion y la sangre de sus hijos.

Aquí estarán como eterno blason de sus familias, como ilustre timbre de un pueblo leal y generoso; ahí estarán demostrando que Andujar tiene héroes para todos los tiempos y para todos los principios en que descansa la grandeza del pueblo español; pues cuando suena la hora de defender su independencia, el nombre de un Cuadros brilla en Zaragoza muriendo en la puerta de Santa Engracia: cuando suena la hora de defender el trono de una Reina niña y las instituciones que simboliza, Andujar tiene un Jimenez que sabe morir en los campos de Arjonilla: cuando suena la hora de defender la fé de nuestros padres y la gloria de nuestros mayores, Andujar añade á sus héroes los nombres de Jimenez y Mesia, de Sanchez y de Leon.

¡Llor eterno á esas familias de Mártires! ¡Llor eterno al pueblo que los produce! ¡Viva la Reina!

FUENTE DEL PULGAR EN CIUDAD-REAL.

Con el mayor placer publicamos un grabado que representa el sencillo al par que elegante monumento edificado en Ciudad-Real á la memoria del célebre Hernan Perez del Pulgar, EL DE LAS HAZAÑAS.

Hé aquí la descripcion que acerca de esta nueva fuente leemos en *El Eco de la Mancha*.

«Terminado este sencillo monumento, que sirve como de corona á la importantísima mejora del abastecimiento de aguas potables de esta ciudad, creemos que nuestros lectores verán con gusto una breve descripcion de la fuente que tanto embellece la plaza mayor de la capital de la Mancha.

Fué pensamiento del Sr. Gobernador de la provincia asociar á esta obra algun nombre glorioso, y desde luego se fijó en el insigne Hernan Perez del Pulgar, hijo de este pueblo. Sabemos que el Sr. Cisneros se proponia colocar sobre un hermoso basamento la estatua de aquel héroe afamado, y que luego ha desistido de su idea en vista de que las proporciones del pedestal no armonizan con la estatua. El monumento, sin embargo, es bello, y la dedicatoria á Hernan Perez aparece digna y honrosamente realizada.

Hizo los primitivos planos de la fuente el Arquitecto provincial Sr. Vara y Soria, y presentados al Ayuntamiento fueron aprobados, dándose principio á la construccion á mediados de 1860, y quedando casi terminada en julio de 1861.

Esta fuente, aunque sencilla y modesta en su conjunto y detalles, no carece de cierta gracia y elegancia que atrae las miradas de los transeúntes. Compónese de tres cuerpos principales y de una altura total de cinco metros próximamente.

El primer cuerpo lo constituye el zócalo ó basamento completamente liso, de piedra de Novelda, cuya base es cuadrada, de 1,50 metros de lado, por 1,60 de alto.

De cada una de las caras de este prisma se destacan cuatro pequeños zócalos, lisos tambien, contruidos de ladrillo de 30 centímetros de lado y de la altura de un metro, sobre los cuales descansan cuatro delfines de fundicion, destinados á arrojar el agua que reciben otras tantas tazas en forma de concha, tambien de fundicion.

Sobre el zócalo principal se eleva el segundo cuerpo, consistente en un pedestal toscano de 1,70 metros de altura tambien de base cuadrada, pero achaflanados sus ángulos de la misma piedra que el zócalo y compuesto de varias piezas bastante bien labradas, y cuyas molduras inferiores y bocel superior están tallados formando follaje.

En una de las caras de este pedestal están esculpidas con bastante relieve, y en la misma clase de piedra, las armas de la ciudad, que representan al Rey D. Alonso en su trono en medio de un recinto amurallado. En la cara opuesta se ven igualmente esculpidas las armas de la casa del Pulgar, que consisten en un leon apoyado sobre las piernas y tremolando en las manos una bandera, sobre la cual se lee este mote: *tal debe el hombre ser, como quiere parecer*.

Mirando al Ayuntamiento, ó sea en direccion al Norte, se ha colocado una lápida de mármol de Carrara y de poco relieve, con una inscripcion alusiva á aquel objeto.

Publicamos el retrato del guerrillero que mas celebridad ha sabido adquirirse sosteniendo en las montañas de Nápoles la causa del destronado Monarca. Luis Alonso, de sobrenombre *Chiavone*, héroe para los partidarios de Francisco II, Capitan de bandidos para los unionistas, es un hombre de mediana estatura, de cuerpo robusto y bien proporcionado, de fisonomía franca y resuelta y de modales cuya gravedad, sin degenerar en petulancia, predisponen al respeto, porque espresan la profundidad de sus convicciones.

Su carácter militar no carece de ninguna de aquellas cualidades elementales que forzosamente han de concurrir en los que alcanzan su posicion y saben sostenerse en ella. Vigilante como el que oye los pasos del peligro; audaz como el que fia la salvacion en su brazo, y severo como el que comprende todo el valor del orden, es la perfecta reproduccion de aquellos tipos que en dias de aciaga memoria se han dado sobradamente á conocer en las montañas de nues-

tra Peninsula. La imparcialidad no se atreve á juzgarlos. ¿Quién habria de creer su fallo?

NOUKA-HIVA.—(Oceanía.)

El navegante español Alvaro de Mendaña, enviado en 1595, por el Virey del Perú Mendoza, á completar el reconocimiento de las islas de Salomon, fué indudablemente el primero que descubrió el archipiélago de Nouka-Hiva.

Tao-Watti se denominaba la isla donde aquel navegante tomó tierra por primera vez (en 25 de julio). Nada mas curioso que la historia de las vicisitudes á que esta isla se ha hallado sometida desde entonces bajo la influencia, á veces marcial, á veces pacífica de algun extranjero aclimatado en ella por la belleza del país y benignidad del clima.

Los misioneros Harlis y Crook, un aventurero italiano, los ingleses Roberts y Wilson, el francés Cabri, ni otros europeos que consiguieron sucesivamente bastante predominio en el país, en nada han logrado alterar las costumbres ni el carácter de sus moradores, cuyo curioso tipo representamos en un grabado, y del cual se infiere á primera vista el belicoso carácter que los anima.

En el teatro Real se ejecutó en la noche del viernes último el primer Concierto Sacro dividido en tres partes. En la primera mereció aplausos la señora Jullienne Dejean al cantar la PRIMERA PALABRA DE NUESTRO SEÑOR, música de Mercadante. En la segunda arrebató al escogido público que llenaba el teatro la señora Ana de La Granje, tanto en la admirable *MATER AMABILIS, de Mozart*, como en la espresiva plegaria de Donizzetti, titulada *LA MADRE Y EL NIÑO*, cuya instrumentacion, arreglada, segun tenemos entendido, por el Sr. Skoczdzopole, conserva magistralmente toda la patética y sublime sencillez del canto, y hasta nos atreveremos á decir que la aumenta en algunos pasajes.

El telon nos habia robado ya de la vista á la inspirada cantora, y el público, dominado del mágico prestigio de su voz, seguia aplaudiendo incansable.

¿Quién pudiera oír á Mad. La Granje en el final de la *Straniera*!

En la tercera parte compuesta de otra plegaria de Donizzetti, por el señor Bouché y coros; del *AVE MARIA*, de Gounod, por la señora Jullienne Dejean; del motete *BON PASTOR*, de *Eslava*, por los coros; de un *VERSÍCULO*, de *Guelbenzu*, por La Granje, y de la *PLEGARIA DEL MOISÉS*, de *Rossini*, por La Granje, Marco, Carrion, Bouché y coros, fueron aplaudidos todos los artistas y todas las piezas indistintamente.

La funcion fué, por consiguiente, digna del teatro, y acreditó una vez mas la inteligencia y el buen deseo de su celoso Director.

En la noche del 11 se puso en escena en el mismo teatro la ópera bufa titulada *D. Pascuale*. El público se manifestó bastante complacido de la partitura, y concedió justos aplausos á la señora La Granje y á los señores Carrion, Rovere y Cotogni, que desempeñaron esmeradamente sus respectivos papeles.

La ópera terminó con una polka cantada por la señora La Granje, y escrita espresamente para un ruiseñor, es decir, para la cantante.

Con qué delicia la oiria el público puede inferirse del hecho de haberse popularizado ya el tema de la composicion, pues lo estamos oyendo repetir en la calle al escribir estos renglones.

El fecundo espíritu de invencion de los norte-americanos, estimulado por los sucesos de la guerra, está dando á luz nuevos aparatos destructores con que ofender á sus enemigos.

Sirva de ejemplo la batería cuyo diseño acompañamos, recientemente construida en Green-Point cerca de New-York, y denominada de Ericson. Las dimensiones de esta batería flotante son 200 piés de longitud, 36 de anchura y 11 de calado. Su casco de hierro está revestido de tablas de encina, y detrás de estas otras de pino, unas y otras de 14 pulgadas de grueso. Sobre el puente, y en el centro, se eleva un verdadero fuerte de 20 piés de diámetro y 10

de elevacion. Este fuerte, armado de dos cañones rayados de grueso calibre, está á prueba de bomba y gira á voluntad.

Otros ingenios mas ó menos perfeccionados y destructores están construyéndose en Filadelfia y en Mistic (Conecticut.)

VAL-DONCEL.

LEYENDA DE GALICIA

POR

D. ANTONIO DE SAN MARTIN.

Una numerosa partida morisca guardaba la entrada de la torre Peito-Burdelo, mas como esta se permitia á los cristianos que iban á despedirse de las cautivas, como su número fuese corto, no hallaron reparo alguno en llegar á ellas á pesar del combate que aquella mañana tuviera lugar en Betanzos.

¡Dios mio!... ¡Qué triste espectáculo no se presentó á sus ojos! ¡qué triste espectáculo para el corazón de un caballero cristiano!...

El moro que los guiaba seguía impasiblemente su camino sin mostrar el mas leve enternecimiento en vista del dolor de los que le acompañaban.

Solo se animaba algo su atezado semblante y brillaban sus apagados ojos, al pasar por delante de alguna de las tristes cautivas, cuya belleza le llamase la atención.

En el piso bajo de la torre estaban las de cuna humilde encajonadas en unos pilares de piedra. Las unas de ellas lloraban ó tenían en sus hinchados ojos una muestra evidente de haberlo hecho así no hacia mucho tiempo. Aquellas infelices jóvenes, muchas de ellas inocentes hasta en sus pensamientos, al entrar en aquella infame torre no ignoraban el objeto para que las destinaban los hijos lascivos del Islam. A muchas de ellas se lo habían dicho sus bárbaros guardianes, pintándoles con los brillantes colores de la poesía musulmana, la fé en sus creencias religiosas, la vida regalada del harem y las delicias prometidas por su falso Profeta á los verdaderos creyentes.

En lo alto de la torre, las doncellas nobles tenían su aposento con mas comodidad.

Un ancho salon, de cuyas paredes colgaban ricos entapizados damasquinos y alfombrados con un riquísimo paño de Turquía, era testigo de las lágrimas y conversaciones de aquellas infelices victimas.

Todas ellas dejaban en su patria seres queridos á quienes nunca volverian á ver.

Sus familias de allí en adelante serian otras: otra tambien la religion que debían profesar; la religion de sus opresores. Verdaderamente que parece increíble si consideramos el carácter noble y valeroso de nuestros antepasados, que por tanto tiempo hayan satisfecho el tributo de las cien doncellas, tributo el mas raro y degradante inventado en los tiempos del feudalismo.

Señor y escudero, precedidos del moro, entraron en el aposento de las doncellas nobles. Los ojos de ambos recorrieron por largo rato los grupos de las jóvenes allí apiñadas, hasta que por fin se detuvieron en una que en el fondo de la sala lloraba en silencio, sentada en un escaño de madera.

Una exclamacion de ambos, hizo volverse al ápatico moro que los miró con extrañeza como sino comprendiese aquel gemido que salía del fondo de sus almas.

—¡María querida! exclamó el joven caballero, acercándose á la doncella. ¡María! ¡en que sitio te encuentro!

Ella alzó la cabeza pálida y hermosa, semejante á la de la purísima Virgen Madre de Dios de quien llevaba el nombre en los crueles momentos despues de la muerte de su hijo querido.

A su vez, al reconocer al caballero, exhaló tambien una exclamacion entre gozosa y admirada.

—¿Eres tú, Rodrigo? dijo con voz dulce.

—Sí, yo soy bien mio, continuó el joven acercándose apresuradamente, en tanto que su escudero entretenia al moro para que pudiesen hablar con libertad. Yo soy que al saber la llegada de esos perros, corrí desalentado á Betan-

zos para saber de tí. Yo soy que ya temía encontrarte en esta torre infame. ¡Ay! mi corazón sufrió un martirio horrendo en el tránsito desde Betanzos hasta ella... Si conocieras querida mía, cómo latía mi corazón al entrar aquí, sabrías hasta donde llega la pasión que embarga mi alma... ¡Malditos sean, amen, todos los que permiten se lleve á cabo tanta mengua, tan opresor tributo!

—¡Dios mio! exclamó María elevando la mano al cielo con desesperacion profunda: ¿Qué va á ser de mí?... No, no, primero la muerte aun cuando sea la mas cruel ¡La muerte, la muerte! ¡Matadme, Rodrigo, matadme!

—¿Qué dices!

—Que es imposible que yo siga la misma suerte de las infelices que están en esta sala. Quiero morir antes de que caiga sobre mí la deshonra que me preparan los enemigos de mi religion. ¡Ay! si me amas como creo, si es tan grande esa pasión que acabas de asegurarme, hiéreme con esa daga que cuelga de tu cintura... ¿Qué te detiene?... Hiéreme, hiéreme de un modo seguro, y ya verás si tengo valor para sufrir la mas cruel agonía y para bendecir tu mano querida.

—¡Primero me destruya un rayo antes que tal haga! dijo el joven horrorizado ante la proposicion que le hacia su amada, y de la vehemencia y fuego que se desprendia de sus palabras.

¿Luego, es decir que prefieres la deshonra para mí? preguntó María mirando fijamente al caballero. ¿Era ese tu cariño, hombre pusilánime?

Y al decir esto, dos gruesas lágrimas cristalinas, resbalaron por sus tersas y pálidas mejillas, y fueron á deshacerse sobre el vestido que cubría su pecho. Aquellas lágrimas exaltaron al caballero en tanto grado, que rechinó los dientes con furor y apretó los puños violentamente mirando al moro que continuaba impasible, conversando con su escudero.

—Ni la deshonra, ni la muerte, continuó mirando con sumo ternura á su dama. Mi brazo y el de mis amigos y vasallos sabrá libertarte del cautiverio, y si es tanta mi desventura que te veas en la precision de partir con los infieles, esta daga que quieres entierre ahora en tu pecho, servirá para los dos cuando no tenga ni la mas pequeña esperanza.

—¡Bien hayas, querido mio! exclamó la cautiva fijando en él una mirada de inefable dulzura, perdona si te he juzgado mal.

—Dios vendrá en auxilio de tantos como padecemos injustamente.

—Sí, alma mia, si! continuó al caballero entusiasmado, Mañana, Dios mediante, no serás cautiva, sino la prometida esposa de un hombre que te adorará mientras viva. Mañana romperemos definitivamente con esos canallas, cuyos cuerpos servirán de alfombra á nuestros caballos, y solo quedará uno con vida para que corra á llevar la noticia á su patria, de como los gallegos saben, aun cuando sea tarde, sacudir los yugos infames impuestos por la bajeza y la cobardía.

Al llegar aquí, se acercó el escudero á los amantes con pasos mesurados.

—¿Qué es eso Jaime? le preguntó su señor admirado.

—Que ya empezais á haceros sospechoso al endemoniado morisco, con tan larga conversacion, querido señor mio, contestó el escudero tristemente.

—Sí, tienes razon, dijo la joven cautiva fijando en su amante una mirada cariñosa.

—Vete, supuesto que mañana ya no nos separaremos mas sea propicia ó adversa nuestra fortuna.

—¡Adios! idolatrada María ¡adios!, exclamó el caballero sin separarse del lado de la cautiva.

—¡Adios! murmuró esta dolorosamente.

—Vamos, señores de mi alma, dijo el escudero, valor por el cielo, que nos están observando estas jóvenes y el moro.

La joven enjugó las lágrimas que empezaban á correr silenciosamente por sus mejillas, y su amante haciendo un esfuerzo violento y dando un adios que desgarró el corazón de cuantos lo oyeron, escepto el del africano que se encorrió desdeñosamente de hombros, salió de la torre seguido de su fiel servidor. Ambos montaron á caballo, y espoleándose furiosamente, partieron veloces como el rayo por el camino que á Betanzos conducía.

Poco antes de llegar á la ciudad, el caballero dió un tiron á la rienda de su corcel, que pasmado sin duda de tan brusca y extraña parada, retrócedió algunos pasos; alzóse de

manos y por último se quedó como clavado en aquel sitio sacudiendo con orgullo las hermosas crines que cubrían su cuello.

—¡Ay! ¡desgraciado, desgraciado! repitió el joven D. Rodrigo. ¡Ay! si esos infames atropellan la virtud de mi María en esta triste noche que aun debe estar en su poder.

—Señor, replicó el escudero, tened confianza en Dios, y en el heroísmo de vuestra amada, que sufrirá primero la muerte, antes....

—Sí, sí, es cierto... A Betanzos, á Betanzos. Mi María es un ángel, y la Virgen guardará su pureza, dijo el caballero alentado con la observacion de su servidor.

II.

Las últimas tintas del crepúsculo vespertino doraban apenas las montañas que rodean á Betanzos, cuando D. Rodrigo penetraba otra vez en la ciudad cubierto de polvo y sudor y seguido de su escudero.

Las facciones del joven denotaban los padecimientos en que su alma se hallaba sumergida, y hasta el escudero participaba de aquel dolor mudo, á juzgar por las miradas distraídas y tristes que dirigía á todas partes y por algunos suspiros que salían de su pecho acongojado.

Tanto era el cansancio de los caballos, que continuamente tropezaban en los guijarros, único pavimento que tenían las calles; y en mas de una ocasion ambos ginetes hubieran dado con sus cuerpos en el suelo, tanta era su distraccion, si la costumbre de andar á caballo no les hubiera hecho conservar el equilibrio necesario para sostenerse.

Las calles por donde atravesaban no estaban como generalmente sucedia al anochecer, desiertas y silenciosas; sino llenas de animados grupos compuestos de gentes del pueblo, villanos, como se les llamaba entonces.

No faltaba, sin embargo, entre ellos alguno que otro hombre cubierto con una larga capa y las alas de un ancho sombrero. Aquellos embozados, poco despues de haberse introducido entre las masas populares, se disolvian estas por encanto, tan silenciosas como antes habían estado inquietas y conmovidas.

Al ver esto parecia que D. Rodrigo salía de sus meditaciones; y un: Bien por vida mia ¡esto marcha! proferido con cierta satisfaccion, dió lugar á que el escudero tomase la palabra exclamando á su vez:

—¿No os decia, señor, que aun quedaban esperanzas?

—Vive el cielo, que si nos salen ciertas, contestó el caballero, prometo á Dios nuestro Señor poner su imagen en el arco viejo de la plaza y alumbrarla perpétuamente con una lámpara.

—Si que saldrán, afirmó el escudero, pues ese á quien invocais tan devotamente, no desamparará á los suyos por mas tiempo. Animo, señor, ánimo

—Tienes razon: pero callemos y vamos á donde sabes, pues ya deben hallarse reunidos los amigos.

Y sin hablar otra palabra, despues de haber cruzado algunas calles, por las que caminaban silenciosa y apresuradamente varios individuos de los grupos mas reacios, se pararon ante la puerta de una casa de severo aspecto que mas apariencia tenia de fortaleza, que de una vivienda de ciudad.

En aquel momento las campanas de la poblacion tocaban á ánimas con son lento y melancólico.

El caballero dió un golpe con su lanza en la puerta de aquella casa, y esta giró pausadamente sobre sus goznes lo bastante para que señor y escudero penetrasen á caballo en un inmenso portalon sostenido por gruesas columnas de madera.

La puerta se volvió á cerrar sin estrépito, y los dos ginetes se apearon de sus cabalgaduras que el escudero ató á unas argollas de hierro fijas en el muro, entre otras varias que allí había.

El escudero se quedó en el portalon, y D. Rodrigo tomó por la derecha del patio, y entró por una puerta baja y angosta que conducía á las habitaciones superiores.

En el dintel de aquella puerta había un hombre que le detuvo por un brazo, preguntándole al propio tiempo con voz misteriosa:

—¿Qué destino?

—¡El de Numancia! contestó el caballero resueltamente.

—Salud, y pase vuestra merced; le dijo el hombre apartándose respetuosamente á un lado para dejarle paso.

Sigámosle:

El caballero se encontró á los pocos pasos que dió en un corredor estrecho y húmedo al que conducía la angosta puerta. Despues había una escalera que subió desembarazadamente como persona acostumbrada á aquel sitio, y siguió caminando por otro corredor que había al final de ella.

Al fondo de aquel corredor se divisaba la claridad de algunas luces, y se escuchaba el ruido que producian muchas voces reunidas, debilitadas unas y otras por la distancia, pues el corredor era bastante largo.

D. Rodrigo llegó al fondo de este, y separando una pesada cortina de cuero, entró en una sala estensa y desnuda de adorno.

En ella había sentados en anchos escaños y sillones de madera, multitud de nobles y clérigos de Betanzos y sus cercanías.

—¡Numancia y libertad! exclamó saludando á aquella concurrencia con semblante animado: Señores y amigos míos, tiempo era ya de que pensásemos en hacer algo para sacudir el infame yugo que pesaba sobre nosotros.

Escusado es decir que os pinte los cuadros tristes y dolorosos en que el tributo de las cien doncellas sumió á multitud de familias desde tantos años há. ¿Quién de vosotros no tuvo en su trascurso alguna pérdida cruel, mas cruel cien veces que la muerte? ¿Quién no perdió una hija ó una hermana, una amante ó una amiga?... y por último, señores, tanto baldon no puede caber en Galicia, cuna del honor y del caballerismo; patria de los sentimientos generosos.

¡Bien, bien! exclamaron algunos nobles con entusiasmo.

—Ahora mismo, continuó el amante de María, acabo de llegar de la torre de Peito-Burdelo, de ese lugar envilecido, guarida y resguardo en nuestro mismo suelo de los infames satélites de Abderramen. De ese lugar que debia haber sido quemado hace muchos años y sembrado de sal. ¿Qué nos importan á nosotros los tratados que el Rey Mauregato haya hecho con los enemigos del altar y que observa el Rey actual para conservar una paz vergonzosa que necesariamente debe cubrir nuestras frentes de rubor y nuestros corazones de desesperación.

—¡Bien, muy bien! volvieron á exclamar los nobles.

—Pero nosotros, prosiguió D. Rodrigo, no queremos esa paz. En nuestros pechos hierve la sangre como la lava de un volcan, y el deseo de venganza tanto tiempo contenido, está pronto á estallar sobre las cabezas de los infieles.

—¡Sí, sí, venganza!

—¡Venganza, nobles caballeros, venganza! Las pobres víctimas de esta paz que á tanta costa disfrutamos, lo esperan todo del valor de nuestros corazones. Salvemos á las cautivas.

Dichas estas palabras, acordó en union con los demás allí reunidos, que al día siguiente, que era el designado por los moros para embarcar á las esclavas, al pasar con ellas por el Campo de las Higueras serian acometidos y reseatarian aquellas jóvenes desgraciadas para devolverlas al seno de sus familias.

Sino podían conseguir esto, perecerían en la demanda.

Y en seguida uno á uno, por no despertar la mas leve sospecha, fueron saliendo de aquel caseron: unos para quedarse en la ciudad, y otros, despues de montar á caballo, para partir á los castillos y granjas de las cercanías.



Tipos de Nouka-Hiva. (Véase pág. 6.)

D. Rodrigo y su fiel servidor salieron tambien: el primero colmado de atenciones y aclamado jefe del motin que debia tener lugar al siguiente día, y el segundo satisfecho enteramente, despues de haber catado los ricos vinos y sabrosas viandas que á él y á los demás escuderos les habían servido en aquella casa.

III.

Doraba apenas el sol con sus hermosos rayos las apiñadas casas de Betanzos, cuando D. Rodrigo y su inseparable escudero salieron de la ciudad armados de punta en blanco.

Por el camino que seguian encontraban á cada paso numerosos caballeros ataviados lo mismo que ellos, los que, con la visera calada y la lanza sostenida en el brazo diestro, marchaban silenciosos y á buen paso, caminando por unas tortuosas veredas que conducian al Campo de las Higueras.

Estas veredas eran cuatro, formadas naturalmente entre zarzas con pedregoso y árido terreno, cortado á cada paso por grandes piedras y matorrales de mucho espesor. Su vista agreste y poco pintoresca formaba extraño contraste con todo el paisaje que se descubria desde ellas.

Arboles de todas clases, algunos de una corpulencia admirable, estendian sus ramas que habían crecido extraordinariamente sin que la podadera los hubiese tocado, formando en algunos sitios festonadas y caprichosas bóvedas, bajo las que en coro armonioso se agitaban innumerables pajarillos saludando la salida del sol.

Algunos claros del terreno ostentaban la hermosa y lozana vegetación del suelo gallego; vegetación privilegiada por la naturaleza.

Don Rodrigo y su fiel servidor fueron de los primeros que llegaron al Campo de las Higueras, pues ya habían comprendido los lectores que hacía aquel sitio se encaminaban

lo mismo que los demás caballeros que cruzaban las sendas.

El Campo de las Higueras no era entonces lo que en el día; esto es, un lugar, aunque frondoso, desnudo de la confusa irregularidad que entonces se notaba en tan hermosa arboleda ó bosque de higueras, hablando con mas propiedad.

Estos frutales, que en gran abundancia poblaban aquel terreno, siempre humedecido por claros y abundantes riachuelos, estaban entremezclados con rosales y enredaderas silvestres, que, subiendo por sus añosos troncos, hacian en algunos sitios el terreno impenetrable á la vista.

En otros las verdes y enredadas zarzas ocultaban sus espinas con olorosa madre selva, que llenaba el viento de perfumes delicados. En medio de este verjel delicioso serpeaba un camino angosto alfombrado de menuda yerba y de blancas margaritas que nacian con profusión.

A orillas de este camino se ocultaron D. Rodrigo y su escudero, como igualmente los demás caballeros.

Ni una palabra se cruzó entre ellos; y los caballos, cual si conociesen el gran interés que sus dueños tenían en estar ocultos, no lanzaron el mas pequeño relincho por el cual pudieran ser descubiertos.

Al poco tiempo de hallarse en aquel sitio, vieron llegar al través de las espesas zarzas con dirección á la torre de Peito-Burdelo, los pocos moros que habían escapado de la matanza del día anterior en la ciudad de Betanzos.

Con ellos tambien marchaban, deramando amargas lágrimas, el resto de las doncellas que habían recogido en Betanzos.

Los caballeros contuvieron un movimiento de furor que había despertado en sus pechos la vista de las cautivas, y sus guardianes se perdieron con ellas en las revueltas del camino ó senda del Campo de las Higueras.

(Se continuará.)

EL MUNDO MILITAR, PANORAMA UNIVERSAL.

CONDICIONES Y PRECIOS DE LA SUSCRICION.

El PANORAMA UNIVERSAL, Mundo Militar, sale todos los domingos. Cada número consta de 24 columnas de lectura en ocho páginas de á 37 centímetros de largo y 25 de ancho.

PRECIOS.

En España.

1 mes.	40 reales.
3 id.	28
6 id.	57
1 año.	96

En la Habana y Puerto-Rico.

6 meses.	100 reales.
1 año.	190

En Filipinas y el extranjero.

6 meses.	140 reales.
1 año.	260

Se suscribe en Madrid en la Administración, calle de San Bernardino, núm. 7 y en las librerías de Moro, Puerta del Sol; Durán, calle de la Victoria; Bailly-Baillière, calle del Príncipe; Lopez, calle del Carmen, y Olamendi, plazuela de Pontejos.

En provincias en casa de los Sres. Habilitados de los cuerpos.

NOTA. En provincias no se admite suscripción por menos de tres meses.

OTRA. No se servirá suscripción alguna, bien sea hecha directamente, bien por medio de los corresponsales, á cuyo aviso no se acompañe el importe.

Los números sueltos se venderán á 4 rs.

Por todo lo no firmado, el Secretario, F. MEDINA-VEYTTA.

Director y propietario, D. M. PÉREZ DE CASTRO.

Editor responsable, D. Jacinto Rodríguez.

MADRID: 1862.—Imp. y Lit. del ATLAS, á cargo de J. Rodríguez, calle de San Bernardino, núm. 7.